



La masculinidad a debate

Àngels Carabí y Josep M. Armengol (eds.)
Barcelona, Icaria, 2008

El mayor elogio que se puede hacer al volumen *La masculinidad a debate* es que, pese a su relativa brevedad (206 páginas), incide en prácticamente todos los temas asociados al estudio de las masculinidades. Esto se debe a factores diversos, unos más evidentes que otros. Entre los evidentes se cuenta la excelente selección de expertos presentes en este libro auténticamente pluridisciplinar, bien sea mediante ensayos o entrevistas, mientras que entre los factores que podrían pasar desapercibidos, pero que sin duda cabe ensalzar, se cuenta el dominio que los editores tienen del género de la entrevista, que se revela aquí como instrumento académico de gran dinamismo. Esta reivindicación del diálogo se complementa además, cosa inusual, con un DVD que permite visionar una selección de 30 minutos de las entrevistas recogidas en el libro y que deja con ganas de más (¿quizás un documental?) a la lectora.

La lista de participantes en el volumen incluye nombres entre los más conocidos en el ámbito del estudio de las masculinidades. Son entrevistados el sociólogo Michael Kimmel, el antropólogo David Gilmore, el especialista en cine Krin Gabbard, la especialista en Estudios de Género Carolyn Dinshaw, el experto en Estudios Culturales sobre raza y género David L. Eng y la bióloga evolucionista Patricia Adair Gowaty, mientras que aportan ensayos el crítico literario David Leverenz, la arabista e islamista Linda G. Jones, y la psicóloga Lynne Segal, participante asimismo en una séptima entrevista que recoge un seminario. Y aunque Carabí y Armengol se presentan como editores del volumen, hay que subrayar que sus voces (y en esta última entrevista, las de su equipo de investigación) están tan presentes como la de los entrevistados al conducir muy hábilmente las conversaciones hacia los problemas más candentes dentro de este profundo debate en torno a lo masculino.

La colaboración entre Àngels Carabí y Josep Maria Armengol parte de los proyectos que Carabí ha dirigido: *Reescribiendo la masculinidad* y *Construyendo la masculinidad* (Instituto de la Mujer), adscritos al Centre Dona i Literatura – Càtedra UNESCO “Dones, desenvolupament i cultures” de la Universitat de Barcelona. Carabí, profesora de Literatura Americana, es ampliamente conocida, por supuesto, como cofundadora y directora durante una etapa del Centre Dona i Literatura, además de por su trabajo sobre autoras afroamericanas como Toni Morrison y por su coedición de nu-

merosos volúmenes entre los que se hallan *Rescrituras de la masculinidad* (2000) y *Hombres escritos por mujeres* (2003). Ella es una de las principales introductoras, si no la principal, de los estudios de las masculinidades en el ámbito de las Humanidades en España. Armengol, por su parte, se doctoró con la tesis *Gendering Men: Theorizing Masculinities in American Literature and Culture* (2006), es editor del volumen *Masculinitats del segle XXI*, y disfrutó de una beca post-doctoral en el *Center for the Study of Men and Masculinities* que dirige Michael Kimmel.

Los dos son buen ejemplo del importante papel de los departamentos de Filología Inglesa en España como importadores de teorías de género originadas en los países de habla inglesa, teorías a las que se tiene acceso gracias a la lengua pero sobre todo gracias a una amplitud de miras que entiende el estudio de la Literatura como un gran puente hacia otras disciplinas. Hay que pensar, además, que la mayoría de colaboradores del volumen, aunque muy conocidos en su entorno académico original estadounidense (británico en el caso de Segal), no tienen traducción al castellano o si la tienen es aún muy limitada, siendo *La masculinidad a debate* en bastantes casos su presentación entre nosotras.

El título del volumen apunta a una doble intencionalidad. Por una parte el libro pretende recoger el debate en torno a la masculinidad desarrollado en las últimas dos décadas en el entorno anglo-americano y, por la otra, persigue avivarlo en España, donde aún es muy minoritario. Entre las preocupaciones de este debate, como los editores mismos señalan, destacan, entre otras, “qué significa ser hombre hoy en día, qué esperan las mujeres de los hombres, los cambios en las relaciones entre varones y mujeres en el espacio laboral y en el ámbito doméstico, las nuevas paternidades, la amistad y el amor entre varones, el nuevo énfasis en la estética y cuidado del cuerpo masculino” (7).

Como observan Carabí y Armengol, “la dominación masculina se ha nutrido a lo largo de los siglos de su propia «invisibilidad» para seguir existiendo” (8), situación que deja a hombres de todas las edades “desprovistos de un discurso propio que les permita explicarse lo que está ocurriendo, ya que los códigos masculinos tradicionales son obsoletos y los nuevos están todavía por elaborar” (*ibid.*). Dada esta carencia, el libro persigue el objetivo de “pluralizar el debate sobre la masculinidad” (9) en España e invita, sobre todo, a “repensar la masculinidad normativa” (14).

Aunque cada segmento del libro toca muchos aspectos y es sumamente difícil dar una idea sucinta de su contenido, hay una clave principal en cada uno de ellos. Kimmel abre el volumen con un repaso de los orígenes y desarrollo de los estudios de las masculinidades que insiste en la necesidad de transformar lo masculino normativo. Gilmore explica cómo la exploración de las sociedades y culturas del mundo revela que el patrón patriarcal es dominante pero no único, realidad que nos permite imaginar alternativas. Gabbard resalta el papel de la pantalla de cine como generadora de modelos alternativos de masculinidad, mientras que Leverenz ve en la literatura del pasado decimonónico un punto de arranque para la autoreflexión mas-

culina en el presente. Dinshaw reivindica el papel del feminismo, los estudios gays y *queer* en relación con los estudios de las masculinidades y se muestra de acuerdo con Eng, quien explora el entrecruzamiento entre raza y sexualidad, en que sería deseable combinar el esencialismo y el constructivismo en nuestras nociones de género. Jones analiza los vínculos entre la masculinidad y etnicidad en relación al Islam, mientras Gowaty busca en la convergencia de la biología evolucionista y del estudio cultural un instrumento para el entendimiento del género. Segal, por último, evalúa los obstáculos en el camino hacia el cambio del hombre interesado en la igualdad.

Como invitación a las lectoras a sumergirse en el libro, se ofrecen aquí unas catas de los contenidos de los diez capítulos (o nueve más epílogo), avisando que es difícil criticar las opiniones del conjunto de expertos. Esto puede parecer contradictorio en un libro que llama al debate, pero se podría decir que las posturas que defiende este libro sólo le pueden parecer discutibles a quien esté muy distanciado de posiciones dialogantes en relación al género.

Kimmel, muy conocido por su volumen *The Gendered Society* (2000), explica que los estudios de las masculinidades aparecieron como consecuencia de los estudios feministas, si bien se podría polemizar argumentando que “empezaron cuando se comenzó a estudiar al ser humano” (15), ya que hasta la fecha todo el conocimiento se ha centrado en el hombre. Kimmel señala como principales aportaciones del feminismo la concienciación sobre el papel del poder y la homofobia en la construcción de la masculinidad y su valoración de la diversidad. Buscando razones para que los hombres abandonen patrones sexistas de conducta, Kimmel asegura que “una forma de comprometer a los varones es que se den cuenta de que apoyar la igualdad de género los beneficia” (25). El antropólogo David Gilmore, autor de *Hacerse hombre* (1990), quien hasta cierto punto desconfiaba del “nuevo hombre”, argumenta que la inseguridad masculina y la necesidad de demostrar la hombría son “un profundo problema psicológico para los varones, incluso hoy en día” (36). Al igual que Kimmel, Gilmore opina que la misoginia se debe a la impotencia y la frustración.

El trabajo desarrollado por Gabbard y Leverenz se centra en las representaciones de la masculinidad en el cine y la literatura, campo tan importante como el estudio de los hombres, por llamarlos así, “reales”. Los hombres imaginados del cine son, según Gabbard, modelos de los que se aprende a ser hombre, si bien Gabbard se queja de que “aún no he visto a las principales estrellas de cine masculinas presentar un modelo que cultive más las emociones” (49). Un punto que sin duda incita a la polémica en la entrevista es su afirmación de que “hemos alcanzado un momento cultural en el que el narcisismo masculino ha sobrepasado la homofobia” (60). Leverenz, en un ensayo que repasa su obra fundamental, *Manhood and the American Renaissance* (1989), critica la masculinidad americana basada en “la competitividad en el trabajo y del dinero” (69) y realiza también afirmaciones abiertas al debate al leer la protesta gay de Stonewall (1969) y su ata-

que contra la homofobia como “cuestión de masculinidad: defenderse para combatir la humillación y sentirse hombre” (76).

Primera entre las cuatro mujeres que aparecen en el libro, Dinshaw, quien ha dirigido el *Centre for the Study of Gender and Sexuality*, señala que la teoría *queer* está dejando paso en Estados Unidos al análisis de identidades específicas, marcadas por factores tales como raza, edad, regionalidad, etc., sin que haya una oposición frontal entre el construccionismo *queer* y el esencialismo de los estudios gays. Como feminista, Dinshaw considera que sería muy deseable ver los estudios de las masculinidades como una rama dentro de los estudios de género y que para estos la revolución “es intentar hacer que estas normas implícitas sean visibles y se conviertan en objeto de análisis” (86). A Eng, sin embargo, le parece más productivo su enlace con los estudios de la etnicidad, postura que enmarca su estudio de la construcción del estereotipo del hombre asiático feminizado en relación con el orientalismo y las leyes inmigratorias americanas. Eng señala que los estudios étnicos han aportado mucho sobre las emociones, punto que se suele señalar también en relación al feminismo, y señala que hay serias contradicciones en el discurso blanco hegemónico en relación a hombres de otras razas.

El texto de la conferencia impartida por Jones en la Universitat de Barcelona se dedica a explorar la masculinidad preislámica, y la islámica, tanto en su vertiente tradicional como moderna, quizás algo paradójico dado que, como ella misma dice, en el mundo islámico los Estudios de Género son, fundamentalmente, feministas y realizados por mujeres. Su trabajo pone de manifiesto, en cualquier caso, la necesidad de abrirnos a parámetros culturales no occidentales, en sintonía con el de David Gilmore. Por otra parte, a la lectora quizás le cueste más asumir los postulados de la biología evolucionista representada por Gowaty, ya que su defensa de la necesidad de contemplar el conjunto de factores biológicos y culturales en la comprensión del género genera más dudas que certezas. Como ella misma señala, “el conocimiento biológico puede liberar a las mujeres y promover la igualdad de género” (150) si bien lo cierto es que hasta hoy más bien ha ayudado a lo contrario. En todo caso, hay que estar de acuerdo con ella en que no sabemos lo suficiente sobre la biología humana.

Lynn Segal, autora del controvertido y fascinante libro *Slow Motion* (1990), aporta un ensayo con el significativo título “Los hombres tras el feminismo: ¿qué queda por decir?”, y es objeto, como se ha dicho, de una entrevista. Segal apoya el proceso de cambio de los varones más comprometidos con la igualdad, señalando por ejemplo que los jóvenes a menudo mantienen “una cierta distancia sardónica e irónica respecto a los ideales dominantes de masculinidad” (169) y que debilitando el “mito de la invulnerabilidad masculina” (173) se puede “ayudar a paliar las maneras en las que los hombres se sienten amenazados, simplemente, como hombres” (173). Con afirmaciones tales como que los hombres han ayudado en la lucha feminista y que son perfectamente capaces de cambiar si se lo proponen, Segal se ha creado enemigos, pero quizás su postura es la más valiente a la hora de

Lectora 15 (2009)

(r)

señalar que, aunque los cambios conseguidos en relativamente pocos años son muchos, aún queda mucho camino por recorrer.

Y es aquí donde reside el valor de *La masculinidad a debate*, como guía de los puntos donde se encuentran las principales encrucijadas. Esperemos que tenga una buena acogida y que pronto haya otro volumen demostrando la consolidación del debate en la investigación española y entre el público.

SARA MARTÍN ALEGRE
Universitat Autònoma de Barcelona